

y que les costaba gastos enormes, de quince á veinte mil enfermos y la vergüenza de ver reducida al ridículo la expedición marítima más colosal que había presenciado el siglo. Pero no había que deliberar; envióse al punto á Londres el dictamen del consejo de guerra, y en las cuarenta y ocho horas que podía tardar el buque encargado de llevarlo y de traer la respuesta, ocupáronse los ingleses en retroceder y conducir á bordo los enfermos para trasladarlos á su país.

El 2 de septiembre aprobó el gabinete británico el dictamen del consejo de guerra, y ratificó el desistimiento de una expedición que había costado tantos esfuerzos y prometido tan grandiosos resultados. Empezaron de nuevo los ingleses la difícil operación de conducir por el Escalda sus mil quinientas naves de todas formas y dimensiones y de embarcar su gente, sus caballos y sus cañones. Muchos de sus buques dieron la vela con dirección á las Dunas. Pero no era posible dejar al ejército donde estaba. Ya había quince ó diez y ocho mil soldados enfermos é inútiles: embarcáronlos como pudieron, estableciendo un pasaje continuo entre la isla de Walcheren y las Dunas. Por no hacer ver que la expedición había sido enteramente infructuosa, lo cual se confesaba evacuando inmediatamente á Flesinga, se resolvió dejar allí una guarnición de doce mil hombres, y enviarles diariamente ochocientas pipas de agua de las Dunas, por ser el agua de Flesinga la causa principal de las calenturas. Estuvieron desde entonces ocupados sus transportes en aquel viaje de ida y vuelta, llevando agua y trayendo enfermos. Cuatro mil habían ya sucumbido en Walcheren; doce mil fueron trasladados á Inglaterra, donde muchos morían al desembarcar; por último, viendo la gran mortandad que había en la guarnición de Flesinga, se resolvió no dejar más tropas que las estrictamente necesarias para defender la plaza, reservándose evacuarla definitivamente y volar las fortificaciones si la paz, que debía firmarse en breve, llevaba otra vez los ejércitos franceses del Danubio al Escalda.

Cuando los franceses advirtieron el movimiento retrógrado de los ingleses (lo cual sucedió muy pronto), fué indecible su júbilo: al júbilo siguieron los sarcasmos, y presentó Amberes el espectáculo tumultuoso consiguiente á la embriaguez de un triunfo poco costoso. Debíase exclusivamente la victoria á la actitud enérgica del general Rousseau, que había libertado á la isla de Cadzand; á la resistencia del general Monnet, que había hecho perder á los ingleses un tiempo precioso, y por último, á la serenidad del almirante Missiessy, que había salvado á la escuadra con sus atinadas maniobras. Sin embargo, el mariscal Bernadotte, dispuesto siempre á elogiarse, dirigió una nueva orden del día á sus tropas dándose el parabién por el triunfo que acababan ellas de conseguir contra los ingleses: orden del día que no había de producir en Schœnbrunn mejor efecto que la famosa que dirigió á los sajones después de la batalla de Wagram.

Parecía llegado el caso de suspender los alistamientos de los guardias nacionales que traían agitado el país desde Lila á Gante y de Gante á Amberes, que al par-

tir expresaban su descontento en términos enojosos, que durante la marcha desertaban casi todos, y que al llegar á su destino eran tan inquietos como indisciplinados. Así opinaba el general Clarke; pero el ministro Fouché, que había merecido la aprobación del emperador para el primer alistamiento, y que sacaba partido de las revistas de París y del impulso general dado á las poblaciones para hacerse importante, siguió armando gente y propagó las milicias cívicas á todo el litoral del imperio, hasta Tolón y Génova, so pretexto de que los ingleses, al evacuar la Zelandia, podían vengarse de su desastre en Flandes invadiendo la Guiena, la Provenza ó el Piamonte.

Todas estas noticias fueron comunicadas á Napoleón en los primeros días de septiembre, y al recibirlas se llenó de júbilo, y más aún de orgullo, atribuyendo el triunfo á su feliz estrella, que creyó ver brillar con nuevos resplandores después de haber palidecido dos ó tres veces desde los malhadados asuntos de España. «Es una consecuencia de la dicha que acompaña á las actuales circunstancias, escribía, esa expedición que deja aniquilado el esfuerzo más grande de la Inglaterra, y nos proporciona además un ejército de ochenta mil hombres que de ningún modo hubiéramos conseguido en otro caso.» Quiso que se siguiera organizando el ejército del Norte; que se reunieran cinco legiones de guardias nacionales, bajo cinco senadores, reduciendo su fuerza efectiva solamente á los jóvenes vigorosos y dispuestos al servicio; que acabara de completarse el material de la artillería para arrojar á los ingleses de Flesinga, caso de que persistieran en su ocupación, ó bien para volver á Alemania si se renovaban las hostilidades con Austria. Por último, descontento Napoleón del mariscal Bernadotte y de su inclinación á envanecerse de las operaciones más sencillas, y receloso de verle al frente de un ejército compuesto de antiguos oficiales republicanos y guardias nacionales, hizo que el ministro Clarke le diese las gracias por sus servicios, y mandó al mariscal Bessieres que se encargase del mando en jefe del ejército del Norte.

Tales fueron en el año 1809 los esfuerzos de los ingleses por disputar á Napoleón la península y destruir en las costas sus vastos armamentos marítimos. Con pocos soldados y un buen general habían hecho frente en España á tropas admirables malamente dirigidas; y en Flandes, con tropas excelentes, sin general que las mandase, habían sufrido un revés ante las tropas bisoñas que llenaban la plaza de Amberes. Pero la fortuna de Napoleón dominaba todavía en uno y otro teatro; sir Arturo Wellesley, perseguido por la gran masa de los ejércitos franceses, se retiraba á Andalucía descontento de sus aliados los españoles y sin esperanza de sacar ventaja alguna de aquella guerra, y lord Chatham regresaba á Inglaterra lleno de confusión. Podía, pues, Napoleón arrancar al Austria abandonada una paz gloriosa y salvar su grandeza y la nuestra si aprovechaba las lecciones de la fortuna, que también ahora parecía haberle castigado un instante para corregirle más bien que para abandonarle.

DOCUMENTOS

RELATIVOS Á LA BATALLA DE TALAVERA

(Véanse las páginas 39 á 43)

Resumen del informe histórico de las operaciones del primer cuerpo del ejército de España, mandado por el mariscal Víctor.

1809

El ejército tomó posición el 26 de julio por la tarde en Santa Olalla, la caballería en el Bravo-Etoten y Domingo Pérez. Súpose en Santa Olalla que Cuesta había llegado allí la víspera con su ejército, que los ingleses debían seguirle, y que en cuanto había sabido el general español que su vanguardia se batía en Alcabón, había verificado su retirada á Talavera. El 27 emprendió el ejército el movimiento á las dos de la madrugada hacia Talavera, rompiendo la marcha el primer cuerpo, asistido de la caballería de Latour-Maubourg que formaba su vanguardia, y que tuvo encuentro con la retaguardia del enemigo á la altura de Cazalegas; componíase de tropas inglesas del cuerpo de diez mil hombres que había pasado allí el día 26; replegóse precipitadamente al Alberche y se guareció tras él.

El primer cuerpo estaba reunido en la mesa que domina el Alberche, á cosa de la una: divisábanse en la orilla derecha algunos escuadrones enemigos sin infantería; veíanse en las alturas detrás de Talavera, y mirando al Norte, movimientos de tropas, mas no era posible venir en conocimiento de las fuerzas y disposiciones del ejército enemigo por estar poblado de encinas y de olivos todo el terreno que se extiende del Alberche á Talavera y á la mesa que domina la ciudad. A favor del bosque ocultaba el enemigo sus disposiciones y se aprestaba á admitir la batalla.

El señor mariscal duque de Bellune, que durante su permanencia en Talavera había reconocido perfectamente el terreno, se imaginó la posición que iba á tomar el enemigo, apoyando su derecha en Talavera, su izquierda en la montaña que forma como un contrafuerte de la vega del Tietar, y fortificándose con un cerro que se alza á Levante en una cuesta escabrosa y se inclina á Poniente por medio de una pendiente suave, uniéndose con otros cerros pequeños que en dirección de Talavera se prolongan. Entre dicho cerro y la montaña hay un valle de trescientas toesas de longitud, donde empieza un barranco que va de Norte á Sur, y que cubriendo la izquierda y el centro del enemigo, va á perderse al valle de Talavera, donde principia el olivar en que apoyaba su derecha el enemigo. Tenía esta de-

recha delante un terreno quebrado, del cual sacó partido alzando obras de fortificación y haciendo talas para que fuese su acceso más dificultoso. Conducen del Alberche á la posición del enemigo dos caminos cómodos para la artillería: es el uno la carretera de Talavera y pasa el otro por la casa de Campo de Salinas. Prolóngase por espacio de media legua en el Encinar, y para tomarlo hay que vadear el Alberche.

La nube de polvo que se divisaba hacia Casa de las Salinas hacía presumir que tuviese allí el enemigo un cuerpo de vanguardia. El señor mariscal duque de Bellune, cuyo proyecto era maniobrar sobre la izquierda del enemigo con todo su cuerpo, mientras el señor general Sebastiani con el 4.º y sostenido por la reserva hiciese una división hacia la derecha y la caballería del general Latour-Maubourg observase el centro, mandó al general Lapisse que pasase el Alberche, se dirigiese á las Salinas y desalojase al enemigo, y al general Ruffin que pasase también el Alberche sólo con la infantería y apoyase por la derecha el movimiento del general Lapisse. Muy en breve rompió el tiroteo el 16 de infantería ligera que estaba á la cabeza de la división Lapisse, y el fuego fué muy vivo por espacio de una hora. Tenía allí el enemigo seis mil hombres sostenidos por cuatro bocas de fuego, é iba lentamente retirándose de una á otra posición; pero el general Chaudrón-Rousseau, que dirigía el 16 ligero, sacando partido con destreza de un terreno menos poblado de árboles, le mandó acometer al enemigo á la bayoneta, lo cual ejecutó con el denuedo que le distingue. Pronto el enemigo fué completamente derrotado, y sólo trató de alcanzar á la carrera el grueso de sus tropas.

El señor mariscal duque de Bellune, que se había dirigido á aquel punto, envió orden al general Villatte de que pasase el Alberche y tomase la misma dirección que el general Ruffin; á la brigada de caballería ligera del general Beaumont que sostuviese á la división del general Lapisse, que seguía avanzando lo mismo que el general Ruffin; al general Latour-Maubourg que pasase el Alberche con su caballería y formase en la llanura situada entre la carretera de Talavera y la de las Salinas, y á la artillería de las divisiones y reserva que vadeasen el Alberche y siguiesen por el camino de Casa de las Salinas el movimiento de la infantería.

Desembocaban las divisiones Lapisse y Ruffin del encinar; el terreno empezaba á despejarse, y hubieran fácilmente podido distinguirse los movimientos del ene-